

Julio César
veni, vidi, vici

Lluís Prats



Director de la colección: Miguel Álvarez

© 2009, by Lluís Prats y Editorial Casals, S.A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: AGE, Aisa, Àlbum, Prisma.

Imagen de la cubierta: *El emperador Julio César*, de Rubens.

Ilustraciones: David Benzal, Farreres il·lustració editorial.

Primera edición: mayo de 2009

ISBN: 978-84-218-3839-6

Depósito legal: M-10.878-2009

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cuaderno documental de Marta Fenollar

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito de los titulares del *copyright*.

ÍNDICE

1 ROMA. Termas de Julio Léntulo.	
Año 671 de la fundación de la ciudad (82 a. C.)	3
2 ROMA. Foro de la urbe.	
Año 675 de la fundación de la ciudad (78 a. C.)	13
3 ROMA. Palacio de Craso.	
Año 688 de la fundación de la ciudad (65 a. C.)	25
4 ROMA. Vía Sacra.	
Año 690 de la fundación de la ciudad (63 a. C.)	41
5 ROMA. Vía Aurelia.	
Año 695 de la fundación de la ciudad (58 a. C.)	53
6 GALIA CISALPINA. Campamento de invierno de César	
Año 699 de la fundación de la ciudad (54 a. C.)	67
7 NARBONA. Campamento de César.	
Año 700 de la fundación de la ciudad (53 a. C.)	79
8 RÁVENA. Interior de Italia.	
Año 704 de la fundación de la ciudad (49 a. C.)	95
9 CAMPOS DE TESALIA. Grecia.	
Año 705 de la fundación de la ciudad (48 a. C.)	105
10 ROMA. La ciudad.	
Año 707 de la fundación de la ciudad (46 a. C.)	117
EPÍLOGO	129

ROMA

Termas de Julio Léntulo.

Año 671 de la fundación de la ciudad (82 a. C.).

El atardecer caía plácido sobre las siete colinas de Roma. La ciudad se extendía por sus laderas como una alfombra de casitas señoriales, edificios sencillos y majestuosos palacios de mármol blanco. Los romanos paseaban junto al río Tíber y alrededor del área pública, donde había templos y mercados, o de la plaza, llamada el Foro. El viento incómodo, que dificultaba el trabajo de los bataneros y que alegraba a los alfareros, cuyas cerámicas se secaban en la calle, había amainado. La jornada en el Senado y en el Foro de los bueyes, donde se vendían y compraban reses, había terminado horas atrás.

Todos los vendedores del mercado ambulante recogían sus telas, sus perfumes y sus pequeñas mesas, las metían en carros y abandonaban las vías pobremente iluminadas y muy inseguras durante la noche. Los esclavos encendían las antorchas de resina en las calles principales. Los últimos recintos que permanecían abiertos eran algunas tabernas del Foro y las pocas termas públicas que se habían inaugurado en la ciudad años antes.

Una de ellas era propiedad de Julio Léntulo. Lo decía la placa de mármol que había a la entrada del pequeño balneario. Después de retirarse como Decurión de la Legión Duodécima, tras las victoriosas campañas de Roma en el norte de África, Léntulo había fundado con sus ahorros una de las primeras casas de baños de la ciudad. Estas termas se encontraban cerca de la calle de los alfareros. Estaban muy bien situadas y eran frecuentadas por senadores y políticos próximos al partido popular, favorable a la entrada del pueblo en el Senado y a la repartición justa de las grandes propiedades agrícolas entre los campesinos. Ésta era una facción política opuesta a los patricios, ricos en tierras. Los populares seguían las ideas de los hermanos Graco¹.

Léntulo estaba satisfecho con su establecimiento. Había encargado mármoles para las piscinas y ricos mosaicos para los pavimentos. También había hecho construir un horno de leña y perfectísimos canales bajo los suelos y en el interior de las paredes. Así, mediante modernas técnicas mantenía la temperatura adecuada en cada estancia del local.

Esta tarde de primavera, el antiguo legionario había colgado el cartel de *Cerrado* en la rústica puerta de madera y había despedido a los esclavos de poca confianza hasta el día siguiente. Tenía que recibir a unos clientes muy ilustres.

1. Los hermanos Tiberio y Cayo Graco promovieron en el Senado reformas agrarias muy exigentes contra los intereses de la clase patricia y murieron asesinados por sus enemigos un par de generaciones atrás.

Al poco de clausurarse la sesión en el Senado, en la que Cornelio Sila² había dictado algunas disposiciones con su mala cara habitual, un grupo de senadores contrarios al dictador se habían reunido para tomar los baños y contrastar opiniones. Habían descendido de sus literas frente a la puerta de las termas y se habían dirigido hacia los vestuarios. Mientras, sus esclavos se habían quedado en la vía enlosada, algunos sentados en las bases de las columnas que sostenían los pórticos de la calle. Después de acomodar a los cinco hombres, Léntulo se retiró a su oficina para despachar con su contable.

El grupo de hombres se encontraba en ese momento en la tibia piscina con escalones del *Tepidarium*, tras haber permanecido unos minutos en el tórrido *Caldarium* donde ninguno de ellos, envueltos en sus delgadas toallas de lino blanco, había abierto la boca.

En esa oscura estancia, tan sólo iluminada por los agujeros de la bóveda, los cinco obesos hombres se habían purificado —entre sudores— de los exquisitos manjares exóticos y los vinos perfumados.

Mientras se sentaban en los escalones de la piscina y se sumergían lentamente en las aguas pisando los delicados mosaicos de peces del *Tepidarium*, uno de ellos llamado Cneo Publio se echaba agua en la espalda con un cuenco. Al terminar se volvió hacia el grupo, alzó la voz y exclamó:

2. Lucio Cornelio Sila era el Cónsul único de Roma en esos momentos y partidario del partido patricio, contrario al popular.

—¡Ay! Necesitamos un nuevo Graco. El Senado sigue dominado por los latifundistas y sólo favorece sus intereses comerciales.

—Recuerda, Cneo —señaló uno de los hombres que estaba en la piscina mientras se frotaba brazos y piernas—, de qué modo terminaron las propuestas populistas de Tiberio y Cayo Graco.

—Sí, Marco, lo recuerdo —replicó el senador mientras bajaba lentamente los escalones de mármol e introducía su corpachón en la piscina—. Yo era un joven abogado hace cuarenta años cuando Cayo, el menor, fue asesinado. Sin embargo me preocupa esta situación. Los pequeños campesinos necesitan un reparto igualitario de las tierras, al igual que los cientos de legionarios licenciados que han participado en las guerras de Hispania y África. Es una razón poderosa. La República no puede sostener una masa ociosa y descontrolada que vagabundea por la ciudad, sólo pendiente del pan y de los juegos circenses. Es un peligro y una amenaza.

—Por no hablar de los esclavos —señaló otro de los hombres—. Todos nos hemos enriquecido con ellos y, tarde o temprano, representarán una grave amenaza para la urbe.

—Los esclavos... —murmuró el senador cuya flácida barriga sobresalía del agua.

—Sí, los esclavos —subrayó Cneo Publio—. La mitad de la población de Roma es esclava.

Todos sabían, como Publio, que a causa de las conquistas de nuevos territorios en África, Hispania y otras regiones, la masa de esclavos se había multiplicado en Roma. Era una población de hombres, mujeres y niños que —sólo en la ciudad— ascendía a más de doscientas mil almas.

—Recuerda también —el senador Marco Falco levantó un dedo ensortijado— que los latifundistas tienen un enorme poder y pocos escrúpulos a la hora de usar el puñal contra sus adversarios. Y que Sila, tras la muerte de Mario, está decidido a acabar con nosotros y con nuestro partido.

—Pobre Mario³... —suspiró otro de los senadores—. Tanto que prometía tras su triunfo en África... y lo mucho que gustó en Roma ver cómo arrastraba en su carro al derrotado rey Yugurta. No era un orador brillante pero era un hombre de nuestro partido.

—Mario fue un militar ordenado —afirmó Publio—. En su favor hay que decir que organizó y profesionalizó al ejército ante la amenaza de algunas tribus germanas en nuestras fronteras. Les dio uniformes y empezó a pagarles como se merecían.

—Por eso recibió el Consulado —señaló otro de los senadores que aún no había abierto la boca.

—Sí y, también iniciamos gracias a él la guerra contra los patricios, seguidores de Sila, cuando el Senado lo eligió para ir a luchar contra el rey Mitriades en Oriente⁴.

—Exacto.

—Recordad cómo elegimos a Mario con ayuda del pueblo para marchar hacia Asia Menor.

—En esto tuvo buena parte de culpa nuestro amigo Cinna. ¿Verdad, senador?

3. General romano, cónsul y cabeza de los populares hasta su muerte. Se casó con Julia, tía de Julio César.

4. La guerra contra el rey Mitriades empezó cuando este monarca oriental ordenó el asesinato de los comerciantes latinos en el Ponto. De este modo anulaba las ganancias económicas de Roma y de buena parte de sus senadores y ciudadanos.

Uno de los hombres que hasta ese momento jugaba con el agua entre sus dedos y les observaba habló al fin:

—Sí, pero recordaréis de qué manera regresó el general Sila, tras la muerte de Mario y cómo trató a los nuestros. Los que no huyeron a sus propiedades del campo o la montaña fueron perseguidos y masacrados. Y en esto el General Pompeyo⁵ tuvo mucho que ver.

—Por suerte y gracias a los dioses aún contamos con fieles adeptos en las provincias —señaló Marco Falco.

Uno de los senadores que tenía propiedades de olivos en la Bética Hispánica frunció el ceño.

—Hispania no es suficiente —dijo—. Ni esta provincia ni la parte de la Galia o de la Cilicia donde contamos con fieles aliados son suficientes para controlar el poder aquí, en Roma.

—Y ahora aquí nos encontramos, perseguidos y ocultándonos —señaló con amargura Falco—. Sin hacer ruido en las reuniones del Senado para que el dictador Sila no nos señale con el dedo. Necesitamos un nuevo Craso o un nuevo Mario —suspiró.

Tras estas palabras, el senador salió de la piscina y se dirigió hacia la puerta que separaba la estancia de aguas tibias de las aguas frías del *Frigidarium*. Esta estancia tenía una bóveda decorada por un fresco del dios Neptuno⁶.

5. Pompeyo *el Magno*, como se le llamó tras su campaña triunfal por Sicilia, fue un gran general que había derrotado al ejército de Lépidio, lugarteniente de Mario, quien tuvo que huir hacia Hispania.

6. Neptuno era el dios del mar y de los animales marinos. Se le representaba como un anciano de barba blanca con corona que llevaba un tridente en las manos.

El resto de senadores se desperezó y lo siguieron para refrescarse tras el paso por las dos salas calurosas, llenas de vapor de agua. Entre breves exclamaciones cada uno se fue sumergiendo en las frías aguas de la piscina y se acostumbró en silencio a que su cuerpo se habituara al cambio de temperatura. Pasados unos minutos de calma, el marcial Léntulo entró para ofrecer vino con especias en delicados vasos de cristal. Todos lo agradecieron pues estaba calentado al fuego y su aroma restableció los cuerpos enfriados.

—Muchos han sido perseguidos o aniquilados —dijo un senador de anchas espaldas bebiendo de su vaso—. Parece que esta lucha por el poder no vaya a tener fin. Además, por si esto fuera poco, Sila está desbancando a los nuestros con el nombramiento de su gente para el Senado. Ya ha doblado su número hasta seiscientos senadores. ¡Ni las leyes nos amparan!

—Pero... ¿de qué sirven las leyes si carecemos de principios? —preguntó Falco.

—La situación —dijo uno de ellos, saboreando el vino especiado— raya el absurdo: senadores asesinados, nuestro amigo el ex cónsul Cinna muerto durante un motín militar en extrañas circunstancias, propiedades confiscadas, jóvenes que han tenido que abandonar su familia, perseguidos y humillados...

Los Senadores se volvieron hacia Lucio Marcio —fiel colaborador del difunto Cinna— y éste torció el gesto.

Pocos años antes, la hija de Cinna, Cornelia, se había casado con el joven Julio César, hijo de Cayo y sobrino de Mario, de la noble familia de los Julios. El dictador, Sila, la había tomado con todos los partidarios de Mario y en espe-

cial con el joven César. Había ordenado que los dos jóvenes se divorcieran, porque no quería tener a dos familias populares unidas por lazos tan estrechos.

—Este joven César no ha tenido suerte ni el día que nació —dijo Lucio Marcio mientras devolvía la copa a la bandeja—. Su madre Aurelia lo parió con dificultades y desde entonces parece que los dioses no hayan bendecido al joven. Pertenece, eso sí, a una familia aristocrática, que presume de ser descendiente directa del divino Eneas, pero de pocos recursos. Su padre, nuestro compañero Cayo César, falleció dejando a la familia en cierta penuria económica.

—Sin embargo, el joven Julio es un buen abogado y un hombre muy culto —apuntó Quinto Marcio apurando su copa—; lee a los griegos desde los diez años. Le conozco personalmente y es todo un carácter; de conversación agradable, amena; es rápido de mente y astuto; se advierten en su rostro enjuto y en la despejada frente dotes para el mando. Rebosa seguridad en sí mismo. Será un buen militar, además de un gran hombre de leyes.

—Recuerdo que el parto fue muy comentado —dijo el más anciano de los senadores reunidos en la piscina—; mi primo el médico Aurelio, primo de su madre, tuvo que abrirle el vientre para que naciera⁷.

—Y Sila, el dictador, no tuvo suficiente con tratar de atraerle a su partido y ordenarle que se divorciase de Cornelia para probar su lealtad, sino que ante su negativa se enfureció y envió sicarios a capturarlo y asesinarlo, a la vez que

7. Desde entonces a la operación para extraer al feto se le llama *cesárea* en honor de César.

anulaba su nombramiento como *Flamen Dialis*⁸ y confiscaba su escasa fortuna. Ha puesto precio a su cabeza. Ya sabéis lo que comentó el dictador...

—Sí —asintió Lucio Marcio muy orgulloso del joven—. Dijo a sus hombres que vigilaran a César porque en su interior había muchos Marios.

—¿Cuánto tiempo lleva el joven huido por los montes? —preguntó Quinto mientras se secaba y se cubría con su túnica.

—Unas semanas —se lamentó Lucio Marcio—. Cambia de cama cada noche y se refugia en establos y granjas. Por suerte parece que Sila ha aceptado las gestiones de su familia para obtener su perdón. Sus tíos, junto con las vírgenes vestales y su propio yerno, han convencido a Sila de que le perdone la vida.

Algunos senadores, que desconocían tales gestiones, lo miraron con asombro.

—Recientemente —prosiguió Marcio— hemos enviado a César una carta a través de su esposa Cornelia para que se aleje del Lacio y pruebe fortuna en las legiones de la frontera. Allí aún contamos con bastantes generales que lo pueden acoger sin demasiadas preguntas. Quizás el Danubio o Cilicia, o el norte de la Galia sean un buen destino. Allí podrá pasar desapercibido hasta que esta tormenta haya amainado y pueda empezar a labrarse un nombre y una nueva fortuna. Vivimos tiempos convulsos y de cambios profundos.

8. *Flamen Dialis*: Alto Sacerdote de Júpiter. Un cargo importante en la religión del Imperio Romano.

Falco se quedó pensativo. Sí, se dijo, desde hacía unas generaciones Roma había cambiado. El poder del hierro y el escudo, la daga y el caballo eran los que enriquecían la ciudad y a los generales que se presentaban a los comicios. Eran ellos quienes nutrían a Roma de esclavos para enriquecer a los más ricos. Mientras, el pueblo en el Tíber o en el populoso barrio de la Subura, holgazaneaba ocioso, entre el circo y el Foro, el mercado y el teatro. ¿Dónde encontrar el espíritu romano de los republicanos de antaño? ¿En el circo? ¿En los banquetes? ¿En las termas, entre perfumes? ¿En los mercados, donde los esclavos eran vendidos como animales? ¿O en la arena, donde se entrenaban los gladiadores condenados a morir o a matar para diversión del pueblo romano y sus césares? ¿Sería este joven, César, el hombre que estaban esperando para regenerar la República?

Al poco rato y mientras el grupo de senadores se secaba, Léntulo regresó a la estancia:

—Las literas están listas —anunció.

Uno a uno entregaron al militar retirado unos sestercios por haberles cedido su local y se montaron en sus literas. Los esclavos las alzaron una a una. A la tenue luz de alguna antorcha se alejaron hacia sus casas. Cada uno de ellos haría un banquete frugal o generoso, bebería vino rebajado con agua o asistiría a algún espectáculo musical. Pasarían los días y las semanas y seguirían intercambiando entre ellos cartas cifradas, con tal de no ser eliminados por los patricios, en un ambiente hostil para los partidarios del partido populista.